



Die Gemisefrau, Emilio Román y Betty Salazar.

La doble cualidad del cuero y de la seda

Judith Castañeda Suarí

Bibliotecaria en Profética, Casa de la Lectura

Míralas: tus manos, la punta de cada uno de los dedos bajo el maltrato de la cola y del metal, de los pequeños martillos adecuados para trabajar el cuero con olor a orina que traen desde las afueras. Esas dos extremidades, hermanas en la materia de tus utensilios de artesano, también guardan recuerdos. La caricia sobre telas con el resplandor de un diamante, las precauciones con el hilo y la fuerza de los golpes con los que esos martillos rescatan del fondo del cuero la forma de un pie humano. Búscalo, entre las fibras, en el brillo rosa de la seda. Deberías percibir el palpito del camino que va desde el calzado hasta un antifaz.



No consideras, no hasta ahora, cercano el carnaval. Piensas en la brusquedad de un zapatero, en los trozos puntiagudos de metal que sostienen un calzado en su sitio, o en tus manos; al final, tan en su hogar siendo toscas. ¿Cómo se moverían en una sala llena de la suavidad de las plumas? “Se desbordarían”, piensas, “se tragarían los materiales como hacen con la *Serenísima*, la sal y las aguas del Adriático”. Pajarracos sin elegancia volarían bajo el techo del taller al finalizar tu trabajo.

Por otro lado, están las liras destinadas a la mano del casero, al horno del pan, a la anciana que cada diez días viene a recoger polvo y a echar agua y lejía sobre los trastos sucios. Seguro en estas semanas los encargos para fabricar un par de zapatos serán pocos; en cambio, destinando tus esfuerzos a la confección de una sombra de anonimato sobre la frente, quizá salves la amenaza de ver utensilios y mobiliario hundiéndose en las aguas del canal.

“Podría ser”, te escuchan repetir los dos niños de la mujer que vive contigo. Te ven dar vueltas, revolver con los pies la suciedad del piso. Una tira de cuero reposa sobre tus ojos, encegueciéndote. Pero no es nada más el metal con el perfil de un noble en una de sus caras, ni

la seguridad de unas cuentas saldadas hasta el próximo mes, cuando se acumulan de nuevo. Es lo de abajo. Ven, jalas a la madre de los niños en cuanto llega, inundando la oscuridad de la pieza con el olor del tinto que le encargaste traer al regreso. A ciegas, ella le acerca la bota a uno de sus hijos; la tira de cuero que te cubriría los ojos ahora pone una barrera entre los suyos y el mundo.

La observas mientras el niño intenta abrir el recipiente oloroso de alcohol y su hermano rebusca en la casaca de ella el pago por las sábanas limpias, libres del tufo de lejía después de airearse una mañana completa. Sus manos, tan maltratadas como las tuyas, devuelven la vista a sus ojos. Protesta, tú entregas silencios a cambio del “¿qué quieres hacer?” con el que se retira a seguir lavando. Piensas, no en sus manos, también inapropiadas para una tarea distinta a la de restregar sábanas en el agua y contra una piedra, sino en sus pies, en esos gastados zapatos sin pedrería ni flores bordadas.

Esta mujer no podría pagar lo que otras dejan en tu bolso a cambio de su calzado. Tampoco la aceptarían en el palco de una de las óperas del *prete rosso*, a donde las dueñas de los zapatos finos suben cada día de carnaval.



“Me duele”, se queja el menor de los niños, y se deshace de los zapatos. Una piedra. “A veces son un grillete”, dices, ya que recuerdas haber visto cojear a su madre cuando su suela tenía un hoyo. Dentro del calzado de seda también llegan a colarse piedras pequeñas o arenilla, incluso algún clavo mal puesto lastima la planta de la dueña. Una prisión para tobillos nobles. Pero no sólo dicha cualidad se oculta entre las fibras del cuero. Desde los pies vuelves a ascender hasta la cabeza, hasta unos mechones castaños, revueltos, hasta el rostro cansado de esa obediente jornada que se inicia al salir el sol y termina cuando la noche es ya señora en los tejados. Oculta en un antifaz, la madre de los niños se parecería a alguna madre de quienes te encargan confeccionar zapatos.

Tomas el cuero, lo colocas, como antes, sobre tus ojos. Entre tu piel y esa tira, ella, sus manos libres de obligaciones con agua y lejía, limpios de polvo sus cabellos, ahora atados en una trenza. Camina dentro de ese par de piezas nuevas de cuero que tanto le aprietan los dedos. La vigila nadie: los vestidos, las casacas, las calzas: el carnaval. Envuelta en el olor de las aguas saladas, alguna mirada intenta colarse entre las plumas y la seda negra de su antifaz; quiere descubrir a quién pertenecen esos ojos, oscuros como el fantasma de anonimato que los vela.



Beatus Ille I, Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.

Así, como tantos otros, como muchas mujeres, ella sube las escalinatas del pequeño teatro. Atrás, el espacio de bancas insuficientes donde los gondoleros reciben basura y escupitajos desde los palcos. Vaporosa: nada en sus pies ágiles ni en la seda negra, ornada de plumería, que recuerde a la lavandera de tantas casas señoriales. Ella lo olvida; lo ignora esa sombra dueña de la mano en torno a su brazo, quizás el *dux* o un patricio. No existe nada, salvo el rumor de las escalinatas bajo pies ansiosos por llegar hasta su asiento.

Un patricio, un *dux*. Ahora es distinto el rostro de esa eterna lavandera: no presencia las notas del padre Vivaldi, sus cuerdas, ni el clavecín que acompaña el hambre de venganza de Armida. La inspiración proveniente de la obra del poeta Tasso, la voz ágil de castrados y sopranos, parecida más a la luz saltarina de una vela, son un silencio aquí, en el abrazo de una góndola que lame un segundo cielo nocturno hecho de agua. “Nunca jamás te veré, encadenado voy a llorar, pero la muerte no ha de recibirme aún; tus ojos son el horizonte de mis días y no quiero dejar de amanecer mirándolos”, canta el hombre del remo, y la patricia, oculta en la tira de seda y cuero, se sumerge en el breve navío, en las lágrimas que humedecen la voz de ese desconocido, en su barcarola de adioses sin remedio y en el pecho de un ignoto, acaso extranjero que en el canal escapa a la vigilancia de las autoridades. Ella también elude un celo con ese antifaz, a juego con el del hombre: se aleja del palacio señorial, de la mano metálica sin pliegues del noble que firmó su matrimonio cuando era una niña de rizos castaños, ajena desde su nacimiento a la incomodidad de inclinarse y frotar, hasta dejar limpias las faldas que en un instante se manchan de vino, del polvillo que alfombra una góndola.

El barquero sigue entonando su canción y su despedida, que convierten el canal en las aguas del río Estigia; es un alfiler mucho más cercano y doloroso que la incertidumbre que ronda alrededor de la victoria de los cruzados en Jerusalén. No quieres seguir oyéndolo. Ese Caronte se desvanece nada más con retirar el fragmento de cuero. “Nunca te veré, tus ojos son el horizonte de mis días”, sigues oyendo, eco de la voz debajo del gondolero. “Nunca”, repites con tus lágrimas, con tu piel huérfana; es tan pequeña la muerte en el trabajo de parto de una mujer del pueblo, tan insignificante para los compositores del *dramma per musica*. Ellos no hubieran volteado a verla, ni a ella ni a la lavandera que les ordena a los niños ayudarle a extender las mantas. A ambas les cerrarían el paso a los palcos. Pero con un antifaz es distinto.

“¿Y si...?”, vuelves a pensar. En el cuero reside la presión de un zapato apretado y también la libertad del anonimato. De materia, como esas piezas curtidas, tus manos podrían poseer dentro de sí lo brusco y lo delicado, los movimientos leves que hacen algo sólido con el incógnito inherente a las épocas de carnaval.

Uno, uno tan sólo, no importa si no trae liras a tu bolsa. Será un ensayo de pliegues mal formados, quizá de zonas donde la cola no fue suficiente para mantener la seda en su lugar, de cuervos perdiendo el plumaje de las alas. Será para ellas, para dos madres: la viva y la sepultada en el lugar sin mármol donde se arroja a quienes no pueden pagar lo suficiente.

Cuando se haya secado la última gota de cola, y la plumería y el botón de rosa formados con seda negra estén fijos, un par de pretendidas patricias subirá a los palcos, en donde un sirviente escancia vino y ofrece golosinas en una charola. Los dos fantasmas irán a ocupar el respaldo desde el cual, si otro fuera el día y el vestido de sus rostros, recibirían junto al gremio de los gondoleros los insultos de la clase noble. Los demás verán su rostro velado, permaneciendo lejos de sus pies, presos en unos zapatos que de tan nuevos les lastiman el empeine.

El menor de los niños, todavía descalzo, entra a buscar agua; el sol le ha encendido la cara, entre sus dedos el agua y la tierra se volvieron lodo. “Dile que venga”, pides; él sale corriendo sin contestar. Lo mismo que otras veces, cuando el taller se inunda de encargos: su hijo le tirará las faldas y ella entrará secándose las manos en el delantal, los pensamientos hundidos en el fastidio de otro día de retrasos que tal vez mermen la paga y la rodeen de reproches; lista para extender los pies delante de ti, finos tanto como los de la nobleza, aunque inmersos en un ir y venir resultante de heridas, en callosidades; ignorante de la libertad que has de cincelar tomando la medida de su nariz, de sus pómulos y su frente.





Beatus Ille III. Daniel Osvaldo Altamira Gasca, María del Rocío Velázquez Ramírez y Dim.